



Porque Deseaba que mi Esposa Fuera mi Esposa

Samuel L. Brengle

Una vez tuve la dicha de hospedarme durante varios días en el hogar de unos amigos suecos. La familia se componía del marido, su esposa y tres hermosos niños bien educados. El marido era un hombre fuerte, varonil que había triunfado en su carrera por su nobleza, diligencia y duro trabajo. La madrecita hacía todos sus quehaceres domésticos, se alegraba por los éxitos de su marido y con cuidado cariñoso y prudente criaba a sus hijos.

Una mañana, en la hora del desayuno, me contó en un encantador inglés chapurrado, cuál había sido la prueba que le ayudó decidir la suerte de sus muchos pretendientes y le aseguró por fin que el joven que llegó a ser su esposo, fuese el compañero de vida con quien ella deseaba vivir, sea por bien o sea por mal, hasta que la muerte misma deshiciese su matrimonio.

Durante los años de su niñez, en la sencilla casa paterna de limitados recursos, a ella le tocaba remendar la medias y los calcetines de la familia. No le gustaba nada este oficio tan aburrido. Sin embargo, sin darse cuenta, ella estaba desarrollando el instinto que le facilitó hacer una selección que le dio grande satisfacción en los años posteriores.

Ya grande, una señorita bella y radiante, los jóvenes comenzaron a prestarle atención y a cada uno en que podría ver un futuro esposo, ella le sujetaba a esa prueba: “¿Estaría yo contenta de remendarle sus calcetines?” Y en todos los casos sentía una repulsión y su respuesta a la pregunta era: “Eso si que no”, y éste determinó la suerte de cada uno de sus pretendientes hasta haber encontrado al joven que debía de ser su marido.

Cuando sujetó a este joven a la prueba, su corazón gritó: “¡Con mucho gusto!” y dio un salto de alegría por el privilegio de hacerlo. Sentía que con gusto pasaría su vida entera remendando sus calcetines y tuvo ganas de comenzar de entera remendando sus

calcetines y tuvo ganas de comenzar de una vez aunque fueran tantos calcetines para llenar una gaveta entero.

No me contó y probablemente no pudo contar que había en él que le diferenciaba de los demás pretendientes. Sin embargo hubo algo en su presencia y de su persona que abrió el cofre del amor y sacrificio devoto de su corazón y le aseguró que de todos los hombres, ese era a quien podría entregarse sin duda ni temo. No cabe duda ella misma descubrió algo en sí misma tanto como en el jovencito que le dio esa seguridad.

Cuando Abraham Lincoln pidió voluntarios para el ejército federal al iniciar la guerra de secesión, mi padre joven respondió al llamado. Dejó a su esposa jovencita con un hijito pequeño y se fue a la guerra y en la batalla de Vicksburg pagó su último tributo de devoción a su patria con su vida. Mientras la viuda jovencita lloraba, el muchachito contemplaba a su madre con grandes ojos mostrando perplejidad e incompreensión.

Mi padre había sido un marido ideal y durante tres años, hacía que mi madre fuese muy feliz. Nunca le había dicho una palabra descortés; tampoco había manifestado otra cosa más que caballerosidad y tierna devoción. El recuerdo de su amor le quedó a mi madrecita, y al crecer yo, me apretaba sobre su corazón y me contaba de la felicidad que mi padre le había dado. Entonces agregaba contemplándome directamente en mis ojos: “Y algún día hijito hará alguna mujercita indeciblemente feliz también”.

Naturalmente llegué a sentir que era una parte de la misión de mi vida, una de las razones por mi existencia, hacer que la vida de alguna mujercita fuese feliz; y ofender a una mujer, manchar su vida y marchitar su felicidad me parecía, (Y todavía así me parece) sería la ofensa más grave y la traición más alta contra los derechos sagrados de la humanidad.

De mi madre inconscientemente recibí un alto concepto de la dulzura, gentileza, pureza y todas las demás virtudes femeninas que adornan la casa y hacen que sea un centro de reposo, inspiración, valor y ambición noble. Después, un día triste, estando en la escuela, me llevaron un mensaje: “¡Ven luego, Ven a casa. Mamá fallece!”

Al llegar a casa mi madre ya había fallecido. La luz amorosa se había apagado de sus hermosos ojos pero una sonrisa había quedado en su dulce rostro. Sepultaron su cuerpo pero su espíritu me acompañaba y la memoria de su carácter dulce, quedó atesorado en lo profundo de mi corazón. Siempre en todos mis amores y sueños de muchacho, la dulzura y la pureza, más bien que la belleza física de la muchacha era lo que conmovía mi corazón. Mi propia esposa tenía que ser amable, dulce y pura de corazón. Eso inconscientemente había aprendido de mi madre.

Después de la muerte de mi madre, yo me preparé para mis estudios universitarios. Un montón de hermosas señoritas me rodearon. Con ellas platicamos, juntos con ellas estudiamos, con ellas nos alegramos y éramos entre nosotros francos, sinceros pero sanos en nuestras amistades como entre hermanos y hermanas, pero mi corazón no lo perdí con ninguna de ellas. Ciertamente dos de ellas eran tan bellas como las que los artistas pintan, pero eran muy frívolas. Una tenía los ojos más bellos, la tez más perfecta y el cabello tan hermoso que jamás he visto en una señorita. Además era muy inteligente.

Otra era muy encantadora pero carecía del fondo de carácter, al menos así pensé y era demasiado chiquita. La otra tenía una personalidad muy agradable, era una de las mejores estudiantes, y era una mujer muy fina pero muy fría en sus maneras y había alguna cosa en su fisonomía que yo lamentaba. (En los años de la adolescencia, cosas que en realidad no son defectos y que serían pasados por alto, ni tomados en cuenta por

hombres más prudentes, pueden ser motivos por los cuales la flecha de Cupido no dé con el blanco.

Mi despertar intelectual vino muy lento y creo que solamente cuatro años de estudios universitarios no me bastaban, sin embargo me ayudaron a sentir que mi esposa tendría que tener una preparación académica muy amplia. De otra manera no podríamos estar felices. Tenía que ser instruida, conocedora de libros, tener conocimiento literario, y la cultura que todo ello imparte.

Yo mismo no era profundamente espiritual o religioso, aunque era miembro de una iglesia, maestro de una clase de la escuela dominical, cantaba en el coro y trabajaba en la sociedad juvenil de la universidad, pero en esas tres hermosas señoritas no vi el fervor ni la influencia religiosa que ahora comprendo yo necesitaba y aún anhelaba y hubiera apreciado en ellas.

Aunque parece que a los varones no les importa tanto la religión, sin embargo de mis amplias experiencias estoy seguro de que el joven aprecia el toque espiritual en la señorita. Respeta el conocimiento espiritual, la franqueza, la sinceridad y el valor honesto que expresa sus convicciones y exige lo más noble de parte del varón es más dispuesto a ser llevado que llevar, y precisamente la señorita, se quisiera, podría ejercer una sana influencia sobre el joven que le serviría para guiarlo, inspirarlo y sujetarlo en medio de las fortísimas tentaciones a las cuales el varón es sujeto en su adolescencia.

Era durante los años de mis estudios profesionales en la universidad que formé la convicción que mi esposa, no solamente tenía que tener las virtudes femeninas y los adornos de la cultura de la escuela, pero tenía que ser altamente cristiana, amar a Dios y a su ley suprema y sin estas cualidades fracasaríamos en el compañerismo matrimonial. Con ese amor y lealtad abundante para con Dios, yo sabía que su amor y lealtad para conmigo jamás fallaría. Ciertamente no por alguna experiencia que tuve, sino por una comprensión espiritual que se me sobrevino, yo aprendí a desconfiar el amor no purificado y fortalecido por el amor y el temor reverencial a Dios. Donde haya este temor y amor, no puede haber fracaso. “Las muchas aguas no podrán apagar el amor” encendido y alimentado por ese fuego céntrico e inextinguible.

¿Pero dónde encontraría yo tal mujer? Salomón, hombre muy prudente y de amplia experiencia matrimonial, dijo; “De Jehová es la mujer prudente”.

El matrimonio es divinamente instituido y es repleto de condiciones de Dios. Se debe contraer con la comprensión de su carácter divino y de sus responsabilidades. A la vez, se debe saber que estas mismas bendiciones abusadas, puedan volverse en maldiciones funestas; por lo tanto es forzoso buscar en cada paso que conduce hacia él, la ayuda y dirección de Dios.

En el mismo año en que yo fui a estudiar, tres señoritas de una de las famosas universidades americanas para mujeres, fueron de viaje a Europa, y en Londres, como grata sorpresa y grande gozo, ellas encontraron al Señor en un culto del Ejército de Salvación. Una de ellas, Dios había escogido para mí.

A las dulces virtudes femeninas y a la cultura, Dios añadió su gracia y Espíritu. Pasados dos años, nos encontramos. Me enamoré de ella – yo perdí mi corazón. Por amor a ella yo me había negado en las horas solitarias de la tentación fortísima de la adolescencia. Era la mujer por quien yo había orado y mirado y esperado, aunque sin haber visto su rostro.

En la oportunidad apropiada, no pudiendo hablarle personalmente, me dirigí a ella por carta y ella me contestó la carta más dulce pero a la vez, la más amarga que jamás he recibido. Me dijo que lloraba por el dolor que tal vez ella me ocasionaba y que sentía que mi amor para con ella y su unión conmigo, serían la coronación de su juventud; sin embargo habían obstáculos – obstáculos que temía serían insuperables. Bondadosamente ella mencionó a otras dos señoritas con quienes creía, yo podría estar aún más feliz. Y a la invitación suya, tuve el gusto de conocerles y ciertamente eran mujeres hermosas. Sin embargo, a mi modo de pensar, ellas eran “como el agua es al vino” y a pesar de los obstáculos, yo insistí con ella.

Un día me entregó un librito anónimo. Lo leí con grande interés y profunda emoción sin sospechar quién había sido el autor y cuando me di cuenta que era obra literaria de ella, la quería aún más.

Un día mientras que caminamos juntos en las colinas hermosas que rodeaban su casa casualmente en la conversación, me contó de un bebé, fruto de pasiones ilícitas de la noche, cuya vida tierna se estaba acabando por la ignorancia y falta de amor y cuidado de parte de la infeliz madrecita. Ella pedía de la niña al infeliz infante y durante unas meses lo tuvo en su casa. Con mano cariñosa y atención especial, ella logró restaurar la salud y la dulce hermosura al infante. Mientras hablaba acerca del niño, di cuenta que los gérmenes del amor materno más rico y tierno estaban en su corazón y por eso la quería aún más. Sentí que si jamás lograba tener esposa, ella había de ser quien aceptaría la responsabilidad de madre con grande gusto y gozo.

Otro día, me encontré parado junto con ella al lado del piano en la casa de su padre. De repente ella se levantó, salió de la sala, dejándome solo. Mi vista la siguió y mi corazón entero se fue tras ella.

No quise morir por ella, sino vivir por ella. Quise abrazarla para consolarla, para cuidarla, para protegerla, para llevar su carga y recibir los golpes de adversidad, tristeza y mala suerte que a ella le tocaría recibir. Ya no pensé en el gozo que ella me traería a mí, sino en lo que yo le podría dar y sufrir por ella. Por fin yo había encontrado y entré en el mundo del amor puro y devoción de aquella esposa de mi amigo sueco – el mundo en el cual yo podría realizar la profecía de mi madre.

El llavín que abre la chapa Yale es hecho para esa chapa, y la mujer que pudo abrir mi corazón y sacar el tesoro del oro finísimo de mi amor no egoísta, también para mí fue hecha. Era por eso que yo supe que aquella mujer, quien durante veintiocho maravillosos años llenos de bendiciones, ha sido mi esposa y la feliz madre de mis niños, era la mujer que Dios mismo había escogido para mí. Y esas son las razones por qué yo quería que mi esposa fuera mi esposa.